

On the road

P. Carnota

Fellow of Neuroscience
Institute of Charleston
South Carolina, USA
Ex-residente
del Hospital Universitari
de Bellvitge
L'Hospitalet
de Llobregat

Un buen amigo, el Dr. Xavier Graell, me dijo una vez: “la vida cambia totalmente cuando terminas la residencia, nada vuelve a ser como antes”. Era mi último año de residencia y no presté demasiada atención a esta frase. Estaba muy ocupado en preparar mi salida del Hospital de Bellvitge, lugar donde había pasado cuatro años de altibajos profesionales y personales (cosa que, al fin y al cabo, hace que el lugar se vuelva muy querido para uno). Los mismos temores que había tenido cuatro años atrás al dejar la Facultad de Medicina de Santiago de Compostela para iniciar una nueva etapa en Cataluña, paradojas de la vida, se repetían ahora que tenía que abandonar la que se había convertido en mi segunda patria. Afortunadamente, una mezcla de espíritu aventurero, afán de superación y una red de contactos más recibida que buscada hizo que mi futuro inmediato estuviera resuelto: quería ser retinólogo y, para ello, iba a pasar seis meses en Argentina (gracias a una beca de la Sociedad Española de Retina y Vítreo) y otros ocho meses en Estados Unidos haciendo sendos *fellowships*.

Buenos Aires me recibió con frío en un día soleado. Después de ocuparme de esos asuntos que parecen banales pero que todo el que ha sido un *fellow* sabe que son la vida entera (buscar apartamento, cambiar dinero, conseguir un teléfono móvil y demás) enseguida me puse manos a la obra. Me esperaban seis meses de estancia con el Dr. Alberto Zambrano, uno de los cirujanos de retina con más reputación del país. Desde el primer día me sentí como en casa ya que todos me trataron como a uno más, para lo bueno y para lo malo. Al tercer día ya había hecho las dos vitrectomías más difíciles de mi corta vida oftalmológica: una reoperación en un paciente que había sufrido un traumatismo (con sutura de iris artificial a sulcus incluida) y un desprendimiento de retina con PVR 360 grados. Enseguida fui consciente de aquello que estamos cansados de oír: “cuando

salgas fuera te darás cuenta de que no todo lo que se hace en tu hospital es lo mejor”. Ver la forma de trabajar del equipo del Dr. Zambrano me abrió los ojos y por fin tuve cierto criterio para decidir qué cosas me parecían bien hechas y cuáles no. Y también fue una oportunidad para evaluarme a mí mismo sobre la calidad de la formación recibida en el Baix Llobregat. Personalmente agradecí a prácticamente todos mis antiguos adjuntos el bagaje con el que contaba para valerme en el mundo de la oftalmología, sin duda mejor del que yo esperaba.

Los días fueron pasando y las cirugías también, con resultados muy diversos. El Dr. Arruga me dijo una vez: “si operas 100 cataratas, 99 salen perfectas y 1 no; de los 99 pacientes que han ido bien te olvidas en segundos, pero al paciente que ha ido mal lo llevas contigo muchos años”. Creo que recordaré la cara y el nombre de 2 porteños diabéticos durante mucho tiempo... Lo bueno es que estuve operando durante varios meses con alguien que reúne varias características: en cirugía de retina lo ha visto todo, le encanta enseñar (lleva 35 años haciéndolo) y, lo más importante, es buena persona. Como muestra de esto último está la Fundación Zambrano, pensada para prestar atención oftalmológica a gente sin recursos. Tuve la suerte de participar en varias campañas voluntarias llevadas a cabo en algunas Villas Miseria (barrios marginales) de Buenos Aires; unas veces consistían en hacer revisiones a niños, otras eran para gente mayor y otras también para la población general. En una ocasión nos fuimos 3 días a Tres Isletas, en la provincia de El Chaco (una de las más pobres del país): irevisamos a medio pueblo! Esta experiencia se puede contar pero no transmitir...

Todo lo bueno se acaba y a finales de diciembre de 2008 regresé a Galicia a pasar tres semanas de vacaciones. ¿Vacaciones? ¡Si los seis meses en Argentina me parecieron seis meses de vacaciones!

Casi sin deshacer las maletas, sólo para dejar la ropa de verano y coger la de invierno, puse rumbo a Charleston, en el estado de South Carolina de los Estados Unidos. Llevo aquí ya dos meses y me esperan seis más con el Dr. Virgil Alfaro. País nuevo, ciudad nueva, compañeros nuevos y... una sociedad muy conservadora. ¿Qué fue de aquella calurosa hospitalidad de los argentinos? Tardé varias semanas en darme cuenta de que los estadounidenses (al menos los sureños) no hacen mucha vida social y que, además, el 90% de sus conversaciones giran en torno a dos temas: el dinero y la religión (por este orden). Claro que compensa con creces estar en un centro en el que sólo se ven pacientes de retina. Esto es el paraíso (profesional) y más aún teniendo en cuenta que acabo de terminar la residencia. Hace menos de un año la mayor parte de mi trabajo consistía en hacer pasar a los pacientes, preguntarles la medicación que toman, ponerles gotas, explicarles que se puede mirar a la derecha sin mover la cabeza... Ahora mi trabajo consiste, única y exclusivamente, en mirar el fondo de ojo a los pacientes y, si es necesario, hacerles una

OCT y/o una angiografía. ¡Así se pueden ver 40 o 50 pacientes en un día sin acabar con los nervios destrozados! Sin embargo tengo los pies en el suelo: todo esto se puede hacer porque el sistema de salud americano es básicamente privado; los médicos ganan mucho dinero y se pueden permitir tener a su cargo a un grupo de 3 o 4 técnicos para que hagan el mal llamado trabajo sucio. A un sistema como el nuestro, esto es difícil de exportar pero, de nuevo, se me presenta una forma de hacer medicina diferente a las anteriores, algo más que llevarme conmigo.

Parece que ha pasado una eternidad desde aquel último día en las Consultas Externas del Hospital de Bellvitge con el Dr. Arias pero en realidad sólo han sido nueve meses. Y es en este momento cuando me viene a la cabeza aquella frase de mi amigo: "la vida cambia totalmente cuando terminas la residencia, nada vuelve a ser como antes". Por suerte eso no quiere decir que lo que venga no vaya a ser tan bueno como lo anterior. A Coruña me espera en septiembre pero hasta entonces seguiré estando, como hizo Jack Kerouac hace 62 años, "on the road".